

Omar Cáceres

Era un poeta. Inquieto, descontento de todo y empujado por su bohemia huía del mundo para gustar a solas el soberbio vino de sus quimeras y de sus rebeldías. Hace unos dos meses nos habló con apasionado fervor de Eleodoro Astorquiza, de quien fué gran amigo y compañero de trabajo. Nos dijo que haría un largo y minucioso estudio sobre la labor de aquel agudo crítico.

Pero de pronto los diarios anuncian que en el Canal de la Punta, cerca de Renca, ha aparecido un cadáver y este cadáver es de Omar Cáceres. Desnudo en la turbia y helada corriente, su rostro y su cuerpo estaba magullado por fieros golpes. Tan rudos como los que le dió la vida.

Cruel destino. Ha muerto triste, solo. En media de la negra y trágica pesadilla de una noche traicionera en el arrabal. Y sus versos como jirones de una canción, perdida en el tumulto de la gran ciudad, serán apenas un leve signo que recuerde su existencia. De que por sus venas circuló la sangre jubilosa de juventud para hacer latir su corazón, donde el ensueño venía a batir sus alas. Ha muerto como los pájaros abatidos en medio de la noche siniestra.

Miguel L. Rocuant, en la Academia

Por acuerdo unánime, Miguel Luis Rocuant ha sido elegido miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua. Bien se merece el fino espíritu del autor de «En la Barca de Ulises», y de tantos otros libros en que ha evidenciado la calidad de su talento y la sólida amplitud de su cultura, esta designación, que honra al agraciado y a la docta corporación que con tan feliz acuerdo incorpora a su seno a un elemento de tanta solvencia intelectual como es Rocuant.